

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 30 de diciembre de 1874.

Núm.º 16.

REDUCCION DE OBISPADOS EN GALICIA.

I.

Parece inconcebible que en pleno siglo XIX, en el siglo de las carreteras y ferro carriles, de los correos diarios y telégrafos,—aun Galicia cuente con cuatro obispados y un arzobispado, cuando una sola mitra era suficiente para atender á las necesidades que demanda el organismo ó estructura del clero en nuestro suelo.

En la época de los suevos—siglo V y VI—comprendemos que existieran esos cinco obispados que entonces se fundaron, porque no se conocian ni correos diarios, ni carreteras, ni telégrafos, ni nada de cuanto pueda contribuir a estrechar las distancias que separaban entre sí á los pueblos de la region galaica;—pero hoy, que se conocen esas ventajas, volvemos á repetir, que no concebimos sillars episcopales tan cercanas como las de Lugo y Mondoñedo, por ejemplo, así como las de Compostela y Orense.

Fijese bien el gobierno,—si es hora de plantear mejoras útiles y positivas para descargar el presupuesto nacional de las pesadas gavelas que lo agobian, suprima el arzobispado de Compostela y los obispados de Mondoñedo, Lugo, Orense y Tuy, puesto que con una sola silla en la primera localidad—la más central de Galicia—basta para atender á las exigencias, disciplina y organismo del clero católico del país. Ese lujo estéril de basílicas, arzobispos, obispos, canónigos y demás dignidades eclesiásticas, á nada conduce, en la acepción altamente política de la frase. Menos estéril sería ese lujo, si se empleara en la instruccion primaria ó elemental de los pueblos,—base de su moral, de su desarrollo y prosperidad.

Al hacer estas manifestaciones, cumpíenlos consignar aquí, que nosotros no pertenecemos ni pertenecemos á determinada escuela política,—si escuelas se pueden llamar las diversas cuantas infructuosas agrupaciones que alzaron bandera en demanda de tales ó cuales principios,—en este periodo revolucionario que atravesamos. Nosotros, por el contrario, hemos permanecido en expectativa en medio de esa fiebre vertiginosa que arrebató y arrebató á los contendientes; y esto mismo nos da derecho á que nuestra voz—aunque débil y aislada—se levante firme en el horizonte de nuestras desventuras políticas: conservadora, en lo que debe ser; revolucionaria, en lo que igualmente demande la civilización moderna.

Al pedir la reduccion de obispados en Galicia, basados en la razon,—no obedecemos á inspiraciones de bandería alguna, sino á las inspiraciones de nuestra propia conciencia. No sembramos, tampoco, ideas de destrucción, sino de reforma; no tratamos de remover la sociedad de *fond en comble*.—y si algo queremos destruir, es lo superfluo dejando incólume lo necesario. Y hoy por hoy, lo *superfluo* son las cuatro sillars episcopales de Mondoñedo, Lugo, Orense y Tuy, y lo *necesario* (convencional-

mente) la de Compostela. Y decimos convencionalmente, en el sentido de que sea de precision absoluta que el estado *atienda* al catolicismo,—aberracion no ménos inconcebible cuando las instituciones religiosas *deben ser por sí*, no por el calor que les preste el Tesoro público.

II.

Abordada la cuestion ¿qué se nos pudiera objetar en contra de nuestra demanda de interés social sobre reduccion de obispados en Galicia?

Veamos: dejemos á un lado la opinion del clero católico, porque ese elemento no es voto, como no lo serian los marinos si se tratara de la conveniencia de suprimir buques ni lo serian los catedráticos si se tratara de suprimir universidades. Oigamos, pues, á la opinion más conservadora del país, pero del país *contribuyente*, que en esto está el *quid*.

Suprimir las catedrales de Tuy, Mondoñedo, Orense y Lugo,—nos dirá esa opinion, *dejando sólo en Galicia la séd: de Compostela*, es un absurdo, porque esta sola silla, aunque céntrica, no basta para atender al organismo parroquial del territorio.

Y el absurdo si que está en la contestacion,—pues como basta una capitania general para el elemento militar—que es más lato,—igualmente basta un sólo obispo para *enderezar* los famosos *entuetos* ó no ménos famosos desaguisados de los clérigos del país.

—Aun hay otra razon para no reducir á una esas cinco diócesis—seguirá diciendo esa opinion que invocamos—y es que debemos seguir venerando la fundacion de esas mismas catedrales porque debemos respetar lo que nos *legaron los antiguos*, sin tratar de averiguar si está bien ó mal fundado.

Y de adoptar este criterio, adios reformas útiles, adios progreso bien entendido. Semejante apreciacion nos conduciría á la esterilidad y a la impotencia, ó lo que es lo mismo, á un *statu quo* tan insufrible como deplorable,—tendencia acentuada y firmísima del clericalismo, en pugna siempre con la civilización ascendente de los pueblos.

¿Qué otras razones más pudiera aducir, en contra de las nuestras, la clase conservadora?

¿Qué las ciudades de Mondoñedo, Lugo, Orense y Tuy, perderian ese elemento de vida local al suprimir sus catedrales? Es verdad, pero en cambio, como ciudades agrícolas este verdadero y esencial elemento de su vida—la agricultura—se desarrollaría más y más en ellas, porque el clero si consume, no produce; es un consumidor improductivo, esto es, devora como la langosta. Cualquiera clase social como el labrador, el industrial, el artesano, el comerciante, etc., consume y produce á la vez; pero el clero en este sentido es una plaga social, porque consume y no produce. Hoy la gran cuestion no es consumir sino producir, pues en esta época en que la industria se triplica y se triplican los medios de comunicacion, el consumo está *asegurado*. Produzca Mondoñedo en agricultura é industria, y produzcan igualmente Orense, Lugo y

Tuy, que á fé á fé que no se quedarán con la producción local *almacenada*. Ayer tardábamós 18 días en ir á Madrid desde la Coruña. Hoy vamos desde la Coruña á la Habana en 15 días,—y este solo dato es más elocuente que todo para derimir la controversia en contra del estancamiento de la producción.

III.

Significada la opinion acerca de las reformas futuras que conviene dar á la solución política del porvenir, preciso es que el gobierno se ocupe de realizarlas, si desea cumplir con su misión elevada. Descartar el presupuesto de lo supérfluo, ó cuando ménos reducir parte de eso que se considera supérfluo á todas luces,—cosa es que debieran acometer con entereza los encargados de la gestión pública. Progresar, conservando lo absurdo de ayer, amalgama inconcebible es en su más lato sentido práctico.

Reduzca el gobierno á uno los cinco obispados de Galicia; venda esas catedrales que sobran para que se conviertan en fábricas,—y ganará bajo cuatro aspectos la *res pública*:

1.º En que descarga los presupuestos de esa falange de parietarias ó canónigos, y de los gastos de culto y clero en esas catedrales;

2.º En que le entrarán en caja algunos millones con la venta de esos edificios;

3.º En que, los que adquirieran esos edificios, pagaran nueva y doble contribución, la territorial y la industrial; y

4.º En que ganará el país, porque el clero no mantiene brazos, y el propietario industrial sí.

El gran secreto de salvar nuestra hacienda, sumamente agoviada de todo y de todos, *consiste en convertir en lucrativo lo que hoy es gravoso*;—y la reducción de los obispados en Galicia, que apuntamos hoy,—no es sino un *ténue* rayo de luz que en ese sentido arrojamos en las profundas tinieblas de nuestra situación financiera.

Abajo lo supérfluo, y arriba lo necesario,—es el aforismo que clavamos en la frente de nuestros hacendistas menudos y míopes;—y al efectuar nuestra revolución económica, enhorabuena que respetemos los derechos adquiridos, en los que sirvieron á la patria; pero no en los que pretendían llevarse la patria á los conventos y á la iglesia.

IV.

Planteada la cuestión, esperamos el debate;—y si no tiene lugar persistiremos una y otra vez en demanda de la mejora que señalamos, convencidos de la gran verdad que entraña el precepto latino *gatal cabat lapidem*... es decir, que nosotros haremos el papel de la gota de agua cayendo sobre la piedra de nuestros desaciertos políticos.

BENITO VICETTO.

15 de diciembre de 1874.

Á GALICIA.

Al fin te vuelvo á ver ¡oh patria mía!,
tapizado verge de gayas flores,
rincon encantador que fué algún día
la mansion celestial de mis amores.

Mil veces conmovido,
á verte me llevó mi afán ardiente
y en sueños vi el hogar donde he nacido,
y el sol de tu recuerdo bendecido
disipó las tinieblas de mi frente.

Yo llegué á ver tus playas dilatadas
y vi en el mar meciéndose la espuma,
cual en el cielo azul las plateadas
blancas palomas de bril ante pluma.

Yo respiré tu ambiente
y á orillas del arroyo trasparente
extasiado escuché la melodía
del ruisenor que, al despertar el día,
sus cantos enviaba al sol naciente.

Léjos de tí legaban á mi oído
los ecos de tus valles y tus prados
y en noches de placer, cuando impelido
por la corriente mundanal impía
en pós del vicio y la impiedad corria,
tu recuerdo de paz y de ventura
el fuego de la mente disipaba
y con él la embriaguez y la locura.

Entónces tus encantos recordaba,
tiernos testigos de mi edad florida,
siempre dichosa y por mi mal perdida;
y tu nombre evocando,
fué para mi también tu pensamiento,
la mirada apartando
del en que vivo océano turbulento,
para buscar en la apacible calma
la mil veces perdida paz del alma.

Y sólo aquí existía,
—¡Que hoy es España pasto de la guerra!
y al volver, á pisar, por suerte mía,
esta de hidalgos bendecida tierra,
una lágrima amante se desprende
de mi párpados rojos,
en santo amor el corazón se enciende,
el llanto del placer baña mis ojos
y bullen en la mente las ideas...
¡Oh Galicia, mi amor, bendita seas!

LUIS TABOADA.

Vigo—1874.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

MACIAS EL ENAMORADO.

IX.

La última trova.

El doncel de don Enrique de Villena era hizarro y de apuesto continente; trovaba como ninguno y como ninguno amaba á la bella Elvira.

Desde su más tierna edad la poesía fué para él su Dios, su ídolo, su elemento; de modo que á los veinte años, que era el tiempo que tenía cuando salió

de la villa de Padron, (1) de donde era natural, para la corte de Castilla, no tenia rival en toda su provincia.

Por recomendacion de Juan Rodriguez de Padron trovador de los más famosos de aquella época y page de don Juan II, entró al servicio del marqués de Villena en clase de doncel; y desde entónces fué cuando empezó a mirar realizadas parte de sus ilusiones de poeta.

Macias se enamoró de Elvira.

Estos amores le hicieron columbrar un mundo nuevo de encantos y de placeres, un porvenir de gozes y de flore.; empero el porvenir de estos amores era la muerte.

Ved como sucedió.

Ha landose encerrado en el castillo de Arjonilla una tarde de invierno, en que el sol descendiendo á su ocaso lanzaba débilmente sus hermosos resplandores sobre la tierra, contemplaba las fantásticas figuras de las nubes que surcaban por la bóveda celeste, desde la reja de su mazmorra.

En esta contemplacion se acordó de Elvira y trajo á la memoria la sangrienta escena que originaba su mansion en aquellos denegridos muros.

Elvira se le presenta hermosa como siempre, y llorando su prolongada ausencia, tendida sobre el sofá en que tantos momentos la habia visto; y otras veces sólo cuando se acordaba que era la esposa de Hernan Perez, se figuraba verla en los brazos de aquel sonriendo á los halagos que la hacia. Entónces lanzaba horribles imprecaciones contra su suerte, que se perdian entre el rumor de sus cadenas.

Luégo que se habo calmado de sus arrebatos, tomó el laud, y en tiva amorosa y adecuada á su situacion desventurada, cantó estas endechas que se conservan aún en un libro de canciones antiguas en la libreria del Escorial, y que son las únicas que existen de él.

Cativo dá miña tristura
xsá todos prenden espanto,
é p eguntan, ¿qué ventura
foy que me atormenta tanto?
Mais non sey no mundo amigo
que mais de este meu quebranto
digo disto que vos digo,
que ven sey nunca debia
al pensar que faz solia.

Cuijey subir en alteza
por cobrar mayor estado,
é cain en tal pobreza
que mo ro desamparado;
con pesar é con deseyo,
que vos direy mal fadado
ó que é, eu ben ó vexso:
cando loco cain mais alto
sobir prende mayor salto.

Pero que pobre sandece,
por que me dou apesar,
mina doudura ausi crece
é morro por entonar;
pero mais non á verey
si non ver é deseyar
é por en ausi direy:
quén na carcel sole vivér
na carcel se vexsa morrer.

Miña ventura en demanda
me puso á tanta dudada
có ó meu corazon me manda
que seya sempre negada;
pero mais non saberan

de miña coyta lazdrada,
é por en ausi dirán:
can rabioso ó cousa braba
de seu señor sey que trava.

Aun no habia concluido la última estrofa de su canto, cuando una lanza que le arrojaron con impetu á la reja, le atravesó de parte á parte, y el trovador cayó muerto, sin exalar un ay, ni un suspiro; no oyendose en aquel momento más que el ruido de su cuerpo al desplomarse y el de las cuerdas del laud al hacerse mil pedazos en el duro pavimento.

Un instante despues un hombre de siniestra catadura entró en la prisión, y dando con el pié al ensangrentado cadáver del cantor, soltó una carcajada de gozo que repitió el eco de aquella tumba de los vivos. Era Hernan Perez de Vadillo, el hidalgo de Porcuna, que no pudiendo matar á su rival cara á cara, tuvo que hacerlo á traicion como un cobarde que era.

El desgraciado fin de Macias, fué generalmente sentido en España. Su amor á Elvira, ciego é idólatra apesar de pertenecer á otro hombre, fué considerado como un culto, una adoracion. Elvira fué su Beatriz, su Laura, su Fiametta, y así figura en el poético catálogo de las bellezas que divinizaron los cantares de la edad media.

Ella correspondió también á aquel amor poderoso. Tan pronto como Elvira supo la muerte de su amante, desapareció del palacio de don Enrique el hechicero; sin que se llegase á saber más de ella. Varios escritores refieren su fin de distinto modo: unos que murió encerrada en un convento, y otros loca y abandonada.

El doncel de don Enrique de Villena fué enterrado en la iglesia de Sta. Catalina de Arjonilla, donde se condujo en hombros de los caballeros más principales del país. Colocaron sobre su sepulcro la sangrienta lanza del esposo de la infeliz Elvira y se grabó sobre él la sentida trova que va puesta al principio de esta lamentable historia. Poco tiempo despues desapareció esta poética inscripcion y le sustituyó la que en el día aún puede verse sobre la losa de la tumba.

AQUÍ YACE MACIAS EL ENAMORADO.

Desde entónces, los amores de Macias se hicieron proverbiales en España; y su figura se destaca colosal allá en el fondo de la edad media española, presentándose á nuestra vista como el tipo más completo de los amorosos donceles de aquella época.

BENITO VICETTO.

Madrid, 1845.

EL SUSPIRO Y EL ALMA.

A. F.

—Suspiro á dónde vás?—¿Cómo! ¿lo ignoras?
voy de tu oculta pena condoñido,
á decir tus pesares al oido
del angel puro que en silencio adoras.

—Quién te lleva?—Las brisas gemidoras
del apacible mar.—¿Cómo has podido
adivinar quien es?—He sorprendido
tu secreto á las lágrimas que lloras.

Dime, ¿qué te digeron?—Que la viste
y esclavo de su mágica hermosura,
latir por ella el corazon sentiste.

—Vuelve, vuelve á mi sér.. mi desventura,
no le digas jamás suspiro triste...
declararle mi amor fuera locura.

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.

1857.

(1) Galicia.

LITERATURA GALAICA

HISTORIA DE GALICIA.

Acaba de terminarse y repartirse, por fin, esta importantísima obra, debida á la pluma del escritor ferrolano Sr. D. Benito Vicetto. Lo que por todos se había juzgado imposible hasta aquí, el Sr. Vicetto lo ha llevado á cabo con una perseverancia indecible, triunfando de cuantos obstáculos obstruyeron su camino.

Galicia, pues, está de enhorabuena porque tiene ya historia escrita. De todas las regiones monárquicas de la Península que florecieron en la edad media, ella era la única que carecía de su libro más esencial. Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia, etc. todos esos antiguos reinos y principados tenían escrito el libro de sus glorias pátrias, y sólo Galicia carecía de él, habiendo sido la region más privilegiada de España, ántes y despues de la reconquista neo-germana.

Cuna Galicia de los celtas, explotada por los fenicios, colonizada por los griegos, invadida por los cartagineses y conquistada por los romanos, en ella ha sido donde se estableció la primer monarquía peninsular como lo fué la monarquía sueva, y en ella ha sido donde establecieron la corte de sus hijos los reyes godos. Invadida despues España por los árabes, sólo Galicia resistió su formidable empuje; y de sus montañas y de las de toda la costa de Cantabria, surgió la reconquista que siete siglos más tarde había de arrojar al último rey de Granada al otro lado del Estrecho. Si los gallegos descendiendo de sus venturosos fueron reconquistando el territorio palmo á palmo de norte á sur, y la primer ciudad recuperada al arabe en la Península fué Lugo. ¡Qué epopeya tan grandiosa se va desarrollando desde entónces á la vista del hombre pensador! Gloria tras gloria, batalla tras batalla, onda tras onda de hierro descendiende de las montañas galáicas desde el siglo VIII; y los árabes son arrojados al Africa, surgiendo á la vida nacional las Castillas, Estremadura, Portugal y Andalucía bajo un espeso velo de sangre. Idioma, religion, legislación, moneda, pesos y medidas, usos y costumbres, en una palabra, de todo nuestro espíritu y nuestra sangre galáica hemos inundado á España, que gracias á esto pudo levantarse prepotente como nacion de primer órden, bajo la férrea manopla de los reyes católicos.

Todo eso y más se desp'ega ante el pensamiento del lector, bajo el brillante pincel con que ha sabido decorar el libro de las glorias pátrias el autor de los *Hidalgos de Monforte*, *El último Roade*, *El Lago de la Limia* y tantas otras obras de impercedero recuerdo en Galicia.

Cuanto hasta aquí se sabia de la historia de la Península ó de las varias regiones que constituían nuestra nacionalidad, toma un nuevo punto de vista hoy con el libro del Sr. Vicetto. Sabia, pues, la historia de la Península bajo el punto de vista de la historia de Navarra, de la historia de Aragon, de la historia de Cataluña etc., basándose en ellas la historia general de España; pero faltaba apreciar esa misma historia general de España bajo el punto de vista de la historia especial de Galicia: *cuna de la reconquista*.

Este gran trabajo es, pues, el que el Sr. Vicetto ha llevado á cima, y por esto su obra como su nombre no perecerán jamás en el cielo del pensamiento.

Tiene, además, otra ventaja la historia de Galicia del Sr. Vicetto, y es que, como hasta aquí la historia propiamente dicha, ha estado escrita con las ideas y preocupaciones de otros tiempos, la del señor Vicetto lo es en sentido liberal, y gracias á esto se puede apreciar en ella de la manera más sencillísima el advenimiento de la democracia á la vida pública, esto es, cómo el hombre desde *cosa* se elevó á *persona*. En aquella época de la edad media, en que la fuerza era el principio, el ejercicio de la fuerza el medio, y el abuso de la fuerza el fin, en la obra del Sr. Vicetto vemos como aparecen los concejos frente á los cabildos, las cartas pueblas y behetrías frente á la omnipotencia feudal, y los procuradores de las ciudades y las villas con *voto en Cortes* frente á frente de la corona, como garantías de honor y de conciencia en favor de la inmundad del país. Como ninguno de nuestros historiadores nacionales, el Sr. Vicetto penetra en la osamenta del organismo monárquico de la sociedad de aquellos dias, y paso á paso va presentándonos al pueblo como núcleo y nervio de todas las empresas, adquiriendo franquicias y fueros en compensacion de sus heroicos sacrificios, al arrollar á la aristocracia y á la teocracia en su resurreccion civil. La teocracia ó influencia de los villanos en el concurso de aquella sociedad informe, aparece brillante en estas páginas; y las contiendas populares contra el poder temporal de los prelados, y las contiendas populares contra el poder de la nobleza, basado todo en los documentos de los *tumbos* de nuestra catedrales y en los manuscritos de Vasco de Aponte concernientes á la guerra llamada *de los Villanos*, coronan la importancia social de la notable Historia de Galicia que el *Diario del Ferrol* recomienda á la ilustracion de sus abonados.

El libro del Sr. Vicetto, á la luz de la razon y de los hechos, coloca á Galicia en el primer puesto de honor entre los pueblos peninsulares: y este trabajo histórico de tanta trascendencia, es á la vez la primera de las coronas literarias de nuestro distinguido hijo de Ferrol.

Diario del Ferrol.

11 de diciembre, de 1874.

LA GLORIA.

A mi amigo don Benito Vicetto.

¿Quién puede desear dichas mayores que la fama, el renombre y la memoria?
¿quién puede apetecer bienes mejores que inscribirse en el libro de la historia?

Ser inmortal y coronar su frente de mirto, de arrayán, y de laureles;
amar una belleza eternamente
y todo lo demás son oropeles.

Las hermosas también aman la fama,
aman los vates que la gloria inspira,

y á su pesar se queman en la llama,
que el vate enciende con su dulce lira.

Ven, poeta, y la brisa bulliciosa
te inspirará dulcísísimos cantares,
y aromas te dará la fresca rosa,
y lamerán tus piés los anchos mares.

Ven, ven, que al escuchar tu harpa sonora
el mirlo callará, y los rui-señores;
y detendráse el agua bullidora
del río, que serpea entre las flores.

Y sonarán tus cantos de ventura
en el valle, en el monte, en los collados,
y callará el rumor en la espesura
de árboles por la brisa columpiados.

Tienes gloria en los yermos arenales,
en el prado, en el soto, en los jardines,
allí oyes el gritar de los chacaes,
y aquí el dulce trinar de colorines.

Todo es inspiracion, todo es hermoso,
todo arrebatada en ti la fantasía,
todo, cantor sublime, es armonioso,
todo es gloria en el mundo y poesía.

Poeta, han resonado tus acentos...
de tu lira las cuerdas sonoras,
y al agitarse con su son los vientos
han abierto el capullo de las rosas.

Se oyeron tus cantares celestiales
desde el ocaso hasta el florido oriente,
como se oyen los himnos virginales
que el ángel canta al Dios omnipotente.

Y bajaron los ángeles alados
á coronar tu frente de laureles,
que por tu dulce lira arrebatados
cogieron de la gloria en los vergeles.

Todo es inspiracion, todo es hermoso,
todo arrebatada en ti la fantasía,
todo, cantor sublime, es armonioso,
todo es gloria en el mundo y poesía.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

GALICIA ARQUEOLOGICA.

EL CASTILLO DE MONFORTE DE LEMOS.

(CONCLUSION).

XIII.

Castillo del Homenaje.

Al penetrar en el interior del Castillo del homenaje, se pisa un suelo embovedado donde está practicada una abertura parecida á la entrada de una cueva que corresponde al primer cuerpo de este edificio. La altura de este tramo debe ser la de la escalinata exterior, faltando luz y ventilacion en esta cueva, que debió ser una mazmorra de aquella edad misteriosa y negra como boca de lobo. Desde este profundo calabozo la tradición ha enseñado un camino subterráneo hasta el Cabe, en donde abrevaban los caballos del conde, separados de los muros del pueblo, y por este camino andaban *los duendes* y *las almas en pena* separadas de *las brujas* y *los diablos del infierno*, como

sombras de aquella oscura y espantosa noche de siete siglos.

Los vanos que quedan descritos por el exterior de los paramentos, se ensanchan en los macizos para aumentar la luz de los pisos á que corresponden y los que han quedado perfectamente señalados con fajas salientes y corridas de sillería. La parte alta termina en bóveda para sostener el terrado, y en el arranque de la misma está la puerta de comunicacion para subir á las aspilleras de las almenas de esta soberbia torre.

La situacion del castillo y su altura permite verle á grandes distancias. Con anteojos de alcance se descubrirá desde las montañas del Cebreiro á cincuenta kilómetros de Monforte y desde los montes de Rivas del Sil, provincia de Orense, á la mitad de esta distancia. En general es el blanco á donde la vista se dirige desde un radio de quince á veinte kilómetros en que se hallan las divisorias de las montañas mas cercanas, como las de Pombeiro, camino de Orense—de Pinol—el Marrujo—Pinel—Xindran—Castros de Chanvaga—Frieiras, camino de Quiroga y Valdeorras—Fornelas—Oural, divisoria del Sarria y Cabe camino de Lugo—Fullela—Tor—camino de los célebres codos de Belesar, Chantada y Monterroso—Castros de Villar de Ortole—y monte de Castrillon.

No podemos ocuparnos hoy de este magnífico panorama que se desarrolla en tan largo y delicioso espacio. Algun día dedicaremos un instante á trasladar al papel las impresiones que recibe nuestro ánimo al fijarnos en estos dilatados y ricos paisajes, y en estos divinos y preciosos horizontes.

XIV.

Palacio de los Condes de Lemos

Escrito este epigrafe recibimos de nuestro querido amigo el Sr. Vicetto, á quien dedicamos este bosquejo de las ruinas de Monforte como una pequeña muestra de consideracion y afecto, una atenta tarjeta postal para que nos ciñamos al castillo, reasumiendo la descripcion en un artículo por no permitir otra cosa la índole de la *Revista*, y faltar tres números solamente para completar el primer tomo de esta ilustrada publicacion, en el que tienen término los trabajos iniciados este año. Tenemos, por lo tanto, que acortar nuestro vuelo, en lo más alto de esta montaña truncada, y descansar un momento, no para el-varnos ni perdernos en la inmensidad del espacio, como el águila desde las mayores alturas, sino para descender á nuestro humilde nido, llevando sólo en el pico algunas yerbas de estas mismas ruinas.

Sentimos replegarnos ahora que ibamos empezando á tomar gusto á las descripciones. Comprendemos que lo más penoso es dar principio y forma á esta clase de trabajos; luego él mismo marcha y nos anima para que nos aficionemos con entusiasmo de poetas y con fé de artistas. Pero no hay remedio, tenemos que concluir en pocas letras, y lo que más nos entristece, hiriendo nuestro amor propio, es el olvido de los lectores á los que somos neófitos en la ciencia y en el arte.

Empezamos, pues, por dejar en el lintero el resumen de todo lo dicho, cuyo conjunto estará á la penetracion de los que han tenido la gran paciencia de seguirnos. Quisiéramos tener un espacio para la descripcion de la antigua y abandonada Casa Ayuntamiento, que existe en el recinto de esta fortaleza, y decir algo de un barrio de judíos que hubo en la villa en aquellos tiempos; pues no hay espacio, ni tiempo, y estamos hasta por abandonar la reseña de este palacio, porque á no poder ocuparnos de sus destruidos salones, de sus borradas pinturas, de sus

lienzos rotos, de sus atesonados y hasta del polvo que allí se masca y de la atmósfera que allí se respira, no es posible á grandes rasgos dar una idea aproximada de unas habitaciones en donde la imaginación de un poeta, por ejemplo, tan distinguido como el Sr. Vicetto, vería las huellas palpables de un ángel como Ildara, la sombra imponente de un diablo como el conde; oiría desde allí el canto de los jilgueros y de los ruiseñores que revolotean en el cielo y se anidan en el valle, saludando al astro del día y al satélite de la noche, terminando por interrogar al eco de esta casa y de este castillo para que algo les dijese de aquella alma tan divina cuanto desgraciada condesa de Lemos, que se albergaba en un cuerpo de barro moldeado como la Vénus de Praxételes; de aquella hermosa y caprichosa figura condesa de Monterrey, de aquel Amoro de Viámelle y de todos aquellos tipos tan propios, genuinos y originales de su fantasía, como originales y característicos pueden ser los mármoles trabajados con el cincel de Fidias y Lisipo, y los lienzos delicados del pincel de Zeuxis y Polífioto, de Rafael y Miguel Angel; pero nosotros, que tan lejos vivimos de ese mundo de poesía y de belleza no vemos otra cosa más que la triste y desconsoladora realidad, y aún esta negramente velada por la falsía y la doblez de los hombres.

Por las rejías de este palacio, entran ahora las lechuzas que consumen el aceite destinado á arder en las lámparas de metal del convento de San Vicente, y los murciélagos recorren las solitarias galerías en la oscuridad y en el silencio de la noche. Un niño de pocos años cuida unas hermosas palomas que se recogen en un pequeño gabinete sobre unas tablas, y este niño, hijo del que tiene á su cargo el edificio donde vive, ha sido nuestro *ciceroni*. Su pobre madre, casi ciega, no podía acompañarnos á examinar sus diferentes departamentos; pero su padre, sargento que fué de la guardia civil y honrado como el cuerpo distinguido y benemérito á que ha pertenecido, llegó mas tarde brindándose á seguirnos con la franqueza natural y propia del soldado, por lo que creemos un deber recordar aquí esta buena y humilde familia; pero nada hemos visto en este arruinado palacio que merezca la atención del viajero, ni que nos prive de terminar, como terminamos, en este momento, un trabajo descriptivo que deseáramos ampliar con mejor éxito é inteligencia.

JOSÉ M. HERMIDA.

Monforte—1874.

LA SIRENA DEL NORTE.

I.

Un tiempo fué, que la fatal Sirena,
del mar de Mediodía
sobre las rocas de la costa helena
las naves en el piélagó sumia.

Que ya entónces el bado le enseñaba
al hombre sin ventura
que también el placer la muerte daba,
que también es un monstruo la hermosura.

Ya el Egeo tan pérfidos cantares
no escucha, ni el Euxino,
cuando la muerte corre aquellos mares,
trueno como el cañón de Navarino...

II.

Más felices del Norte las regiones,
aún tienen su cantora,

que no siempre de crudos aquilones
domina allí la furia bramadora.

De aquel mar la Sirena melodiosa
es nuncio de consuelo:
cuando ella canta, el pescador reposa,
las nubes huyen, y se calma el cielo.

Vésela entónces parecer ligera
cual niebla de verano,
ó en los bosques vagar de la ribera,
ó surcando la espuma del océano.

Luce á veces cual raudó meteóro
sobre el obscuro monte:
ó allá, cayendo el sol, cual nube de oro
asoma sobre el líquido horizonte.

Ora se asienta en el escollo alzado
que el huracán azota;
ora sobre un dajel abandonado,
á la merced de las tormentas flota.

Busca la vista a una vez en vano
do resuena su acento:
otras también la voz del océano
su voz asorda o se la lleva el viento.

Yo la ví un tiempo en mi natal ribera
de la noche a deshora,
tender fulgente en la estrellada esfera
ráfaga hermosa de boreal aurora.

De allí sus alas cándida agitaba,
cual cisne en su laguna,
y en el arpa de nácar que pulsaba
vibrar me pareció rayos de luna.

Lejano empero á mi sentir huía
su remontado acento;
tal vez alla tograban su armonía
los globos percibir del firmamento...

Y tendió al fin su pavonado manto
la noche del destino
que me fué dado interpretar su canto
y su concierto, comprender divino.

Pasado había el aspero bramido
de equinocial tormenta:
era ya el tiempo en que el flotante nido
sobre las ondas el alcion sustenta,

La atmósfera brillaba trasparente,
melancólica y pura,
cual siempre brilla en la estación doliente
en que su tierno adiós dice natura.

Chispas brotaba de argentada lumbre
fosfórica la playa,
y allá se vía en la enriscada cumbre,
la hoguera relucir de la atalaya.

Sobre la mar las barcas vagarosas
del pescador se mecen,
que ora cruzan cual sombras silenciosas
ora con mil antorchas resplandecen,

Y el fruto de su afán de cuando en cuando
cual ufano guerrero,
sobre el marino caracol soplando,
á las playas anuncia el marinero.

Al pié solloza de la vieja ermita
el buho sus congojas:
la ráfaga de otoño el bosque agita,
y arrancadas volar se oyen las hojas...

Entónces fué cuando elevó su acento
la escondida Sirena.

Yo no la ví; no revoló en el viento;
no apareció en las ondas, ni en la arena.
Allí sonó do escombran la ribera,

religiosas ruinas;
allí rústico templo un día fuera;
allí oró el pueblo fiel de las marinas.

Minó la mar sus frágiles cimientos
al altar de la aldea;
las ondas derribáronle y los vientos,
y cubrirá en breve la marea.

Allí se oyó su voz; allí el sonido
de su arpa soberana,
dulce cual melancólico gemido,
solemne como el son de la campana.

Eran sólo infelices pescadores
los que su canto oían;
del puerto los tranquilos moradores
del primer sueño en la quietud yacían.

Y en tanto yo, sobre una cruz sentado,
absorto y vigilante,
su voz oí de oráculo inspirando
que así cantó sencilla, al navegante:

III.

«Incierto surcador del océano,
que ante su yerma inmensidad perdido
rumbo busca al término lejano
del hemisferio antípoda escondido,
sigue, sigue atrevido
tu audaz seguro vuelo,
y allá en los altos mares te abatanza:
su inmensa soledad es tu esperanza:
tu guía está en el cielo.

«Un tiempo fué, que el misero marino
senda en esos desiertos no tuviera,
y en la noche del mar fué su camino
la cercana extensión de la ribera.

Indefensa y ligera
jamás la débil quilla
de los rudos escollos se alejaba,
y el primer soplo de aquilon sembraba
de fragmentos la orilla.

«Mil Caribdis entónces abismosas
de monstruos y terror el mar sembraron,
y las columnas de Hércules famosas
las puertas del océano cerraron.

En vano se lanzaron
aquellos hombres fieros
á recorrer del orbe los caminos,
que la tierra en sus ambitos mezquinos
los cerró prisioneros.

«La tradición guardó de los mortales
fama de un universo allá escondido;
y al recordarle el hombre en sus amales,
tristemente escribió *Mundo perdido*.

Mas, breve fué, que henchido
de ignorancia altanera
llamar osó quiméricas visiones
á las vastas incógnitas regiones
do llegar no pudiera.

«Y al fin brilló una noche de ventura
en que, en la erguida popa reclinado,
el náuta audaz, interrogó á natura
sobre el rumbo á los hombres ignorado;
—No, no, clamó inspirado;

su inmensurable vía,
no en tan estrechos límites se encierra;
no brillará jamás desde la tierra
el fanal de mi guía.

«De ese desierto inmenso los destinos
sólo otra eterna inmensidad iguala.
de ese Ponto ignorando los caminos
sólo el celeste océano señala.

Su bóveda es mi escala;
allí tiene mi vuelo
marcadas ya sus rutilantes huellas:
yo surcaré la esfera y las estrellas...
mi camino es el cielo.»

«Más ¡ay! que alguna vez negros crespones
ante su inmóvil faro se tendieron,
y entre olas de aplomados nubarrones,
también los astros naufragos se hundieron
¿Dó entonces se acogieron
las pavoridas naos?
¿quién rasgó de natura el manto denso
de aquel profundo cáos?

«¿Quién sinó un Dios entre un oculto cielo
mediador puede ser y un océano?
á descórrer su impenetrable velo,
¿cómo llegara de un mortal la mano?
Preciso fué un arcano;
pudo en la tierra sóo
un misterio recóndito, profundo,
marcar el cielo, revelar al mundo
la brújula y el polo.

«¿Dó vas? ¿Dó vas huyendo la ribera?
la ignorancia gritó: ¿Porque ese cielo,
porqué ese norte buscas do te espera
la eterna noche y el eterno hielo?...

Y a su imbécil recelo
impávido el marino
mostrando alegre el polo refulgente,
«hé allí, clamó, en la bóveda esplendente
una estrella, un destino.

«Hé allí brillar la inmóvil atalaya
de donde véla Dios sobre mi suerte,
mientras luce estrellándose en la playa
siniestra espuma de naufragio y muerte.

Sus.—Y á su voz más fuerte
que el piélagos iracundo,
el ondulante pabellón alzóse
y al fin siervo el océano postróse
ante el señor del mundo.

«Viéronle allá las tierras de Occidente,
y más allá le vieron nuevos mares,
y mas allá volver por el Oriente
le vieron con asombro en sus bogares.

De tormentas y azares
trionfador en su vuelo,
sin fanales, sin ruta, sin ribera,
do le plugo llegar, llegó do quiera
guiado por el cielo...

«Deja, deja los riscos espumosos
marinero á los fieros huracanes;
ni esos faros te guíen engañosos
tal vez incendios y tal vez volcanes,

La luz de tus afanes
no alumbraba en ese suelo,
y allá la busca en mares sin orilla,
do encendida por Dios eterna brilla
la inmóvil luz del cielo.

«Y tú, infeliz habitador del mundo,
que en procelosa vida navegante
también ignoras de ese mar profundo
el misterioso término distante...

IV.

Súbita en esto ráfaga del monte
sopló sobre los mares,
y arrebató perdido al horizonte
el postrimeró son de sus cantares.

No más oí de la gentil Sirena
el concierto divino,
sinó el tumbo del mar sobre la arena,
y el bronco son del caracol marino.
1839. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

LA BARONESA DE FRIGE.

((CONCLUSION).)

XVI.

El último pensamiento de Wéber.

En la noche siguiente, apenas cerró, corrí á la meseta del pinar; pero por más que estuve expiando y expiando los rumores de la baronía, nada percibí... ni luces, ni ecos. Tan solo noté que los perros del patio de palacio, abullaron una ó dos veces de una manera tan lúgubre, que parecían anunciar ó llorar la muerte de una persona querida.

Si habrá muerto!—pensé. Y bajo la impresion de esta idea pavorosa, no sólo se me encrespaban los cabellos, sinó que me levanté vertiginosamente y corrí aterrado hácia el palacio. En mi ansiedad mortal ¿qué nueva imprudencia iba yo á cometer, precipitándome hácia el porton? Pero reflexionaba yo acaso? En el estado psicológico en que me hallaba ¿cabia reflexion alguna en mi intelectualidad? ¿No estaba anodadado, ciego de amor, víctima de una alucinacion terrible y de un presentimiento de muerte no ménos cruel? ¿Tenia, acaso, conciencia de mi propio en aquellos instantes? ¿No estaba loco, esteramente loco de ansiedad por saber si Piedad era viva ó muerta?

El huracan se desencadenaba en los sonos de mi alma con toda su pompa formidable, temblaba yo como la hoja en el árbol, se crispaban mis manos de angustia, bañaba un sudor frío mi frente, y caí al fin á pocos pasos del porton como si me faltara el aliento y la vida.

Por una de esas combinaciones singulares en los sucesos de la vida, abrióse el porton en aquel mismo instante, y salió del palacio el médico de Lires, solo y á caballo.

—Ah!—exclamé en lo más profundo de mis entrañas.—no hay duda... Piedad ha muerto y por eso sale el médico de palacio.

Redoblada mi ansiedad por esta nueva idea, llevé las manos á la frente como si mi razon fuera á evaporarse. Pero de pronto, el mismo vértigo que me aniquilaba momentos ántes, pareció infundirme nueva vida, —y levantándome rápidamente, corrí en pós

del doctor con pasmosa velocidad, alcanzándolo en Baosilveiro.

Alumbraba tanto la luna el paisaje, que me reconocí el médico de Lires ántes de que hablase, y detuvo la caballería.

—Sé lo que me va V. á preguntar, señor! German, me dijo—sé que va V. á preguntarme por la señora,

Y se detuvo.

—Mi ansiedad fué entónces más que mortal.

—Y bien?... —le pregunté extendiendo los brazos, —¿murió... ó vive?

El médico de Lires se encogió de hombros como si no supiese que con estar.

—Vive,—dijo al fin; vive... pero tanto que sucumba si recibe otra emocion penosa... si vé, por ejemplo, algo, algo que la vuelva á trastornar... Aunque la señora baronesa es de un temperamento fuerte, es á la vez una sensitiva,—y la impresion de coraje ó de contrariedad afectiva que recibió dias atrás, poniéndola á las puertas del sepulcro, si se reproduce, concluirá con su vida, porque existiendo en ella un principio de aneurisma al corazon, y siendo como es tan sensible, la repeticion de una emocion violenta de cualquier naturaleza que sea, puede producirle la muerte instantánea. Segun las explicaciones que me dió, hace seis dias, que por efecto de una gran contrariedad, se vió atacada súbitamente de hemósisis: esta salida de sangre, que sólo se explica por la gran congestión que sufrieron sus pulmones, á consecuencia de una gran perturbacion moral que hizo repercutir la sangre hácia el corazon, la libró tal vez de la muerte en aquel momento; pero además de aumentar la dilatacion del corazon, produjo en ella una nueva enfermedad que, teniendo en cuenta su temperamento, puede ser pronta causa de su muerte, si ántes no la mata su aneurisma.

No quise oír más; tendí la mano al doctor, y se dirigí á Lires.

Al retirarme á la casa que habitaba en Loalo, me acosté y dormí más tranquilo que la noche anterior; —pero al siguiente dia, luego que se brevino la noche y me dirigí á la meseta de la colina, senti nueva opresion de angustia al ver que apenas brillaba una sola luz en las ventanas del palacio.

Aquella inaccion en que me hallaba delante de la baronía, era irritante para mí, porque devoraba mi alma la ansiedad de penetrar los misterios que encerraban aquellas paredes mudas, donde palpaba el iman de mi felicidad perdida. No pudiendo moverme, seguir en fin el impulso de mi alma que volaba y volaba hácia el palacio de Frige, meditaba de una manera singular como si pugnara por formarme una razon nueva. «Si le inspiro horror—decia para mí—fué por los celos justísimos que tuvo al ver casi en mis brazos á la señora Berta; pero esto, para una muger de mundo como ella, no puede ser decisivo sinó accidental, concluyendo al fin por perdonarme. Ahora, si Piedad no esto que yo me figuré, una muger de mundo ó una muger coqueta, y si una verdadera sensitiva, desdichado de mí entónces, porque lastimada esa muger-flor, plegará su alma ó sus hojas y morirá sin perdonarme jamás»

Y ante la luz de esta reflexion postrera que empezaba á iluminar mi espíritu, sentia una esparacion penosísima que en vano podia dominar. La primera parte de mi dilema, era el último reflejo de una esperanza perdida, que llevaba á mi corazon ondas de calma; pero la segunda era sombría como la misma muerte, y apoderándose de mí tenazmente, me producía vértigos insufribles.

De repente se abrió la ventana de su gabinete, y traspiró por ella la luz interior. Ah! Piedad vivía, vivía, é iba á asomarse sin duda.

En efecto, luégo se perfiló en la ventana su medio busto, inmóvil y silencioso, como si los ojos de la baronesa buscaran algo en la inmensidad del horizonte, ó se despidieran de él en la tierra.

Tristísima sensación dominó entónces mi espíritu. Cuando debía sentir satisfacción en verla, aunque de léjos, no sé por qué me ahogaba la melancolía.

Piedad se retiró de la ventana, sentí el ruido de abrir el piano, y sentí en seguida la terrible melodía. Weber siempre siempre *el último pensamiento* del compositor alemán, siempre aquella armonía fatal.

Pero —por algo inexplicable para mí— Piedad no concluyó la melodía, y volvió á asomarse otra vez á la ventana.

Esta vez, noté que apoyaba la cabeza sobre la palma de la mano, como si no pudiera con ella, ó como si su alma se exhalara en las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Jamás vi en el mundo noche más bella. Brillaban las estrellas como margaritas de oro en el fondo azul de la atmósfera, despedían las luciérnagas su luz fosforescente en las sombras de los vallados, dormía la brisa de la costa en los pinares y reinaba la calma, el silencio y la bondad en todo lo que se veía bañado por la luz plateada de la luna. Ningun rumor... Sólo el ruido del Castro, y el canto lejano de una aldeana que se recogía á su choza como una ave á su nido.

Este canto lejano, pero que se aproximaba por momentos, pudiera decirse que daba el último tono á la plácida quietud de la noche, como un contraste. El canto era tristísimo, —y por una casualidad deplorable, la aldeana pasaba al pié de la ventana de la baronía, entre ella y yo, dirigiéndose hácia Cebrans.

La voz, lenta y dolorida, modulaba claramente esta letra popular en aquella region del oeste:

Adios, adios que me vou
á o ceo, miña morada,
si che preguntan quen sou
dic un alma namorada
que por ti morrendo estou.

¿Por qué coincidencia admirable aquel canto popular venía á ser eco del alma de la baronesa? Yo me aterrericé, como si la creacion tomara voz para cantar en aquella elegía, de infinita ternura, el estado psicológico de Piedad, su último suspiro de amor.

Ella debió sentir más que terror... debió sentir entónces un desvanecimiento espiritual tan poderoso que le hiciera dudar si vivía, soñaba ó estaba ya muerta.

Completamente trastornada por la emoción, Piedad se retiró de la ventana apenas se apagaron en el valle los últimos ecos de aquella cancioneta, —y volvió otra vez al piano, —y volví á oír otra vez la misteriosa cuanto fatídica melodía, el último pensamiento de Weber.

Pero en aquel instante, como si quisiera acentuar más el estado de su alma con su voz, la baronesa empezó á cantar como noches atrás... Difícil, imposible la esto era entónces, pues se conocía que su garganta, agarrada por la sangre que se agolpaba á ella, no se prestaba á la flexibilidad de la música.

Cesó la voz...

Cesó la voz, pero siguió resonando la melodía de Weber con sus acordes lánguidos, sus variaciones brillantes y sus escalas apasionadas en que el sentimiento os conduce de la persuasion al vértigo de una idealidad que no pertenece á la tierra.

De repente cesó también la melodía.

Y entónces, algo semejante á la ráfaga de un suspiro helado, resbaló por mis sienes como un beso de muerte; —algo semejante á una cuerda armónica que se rompe, un rumor así inexplicable, resonó en mi

oído como si saliera del gabinete de la baronesa; —algo, en fin, semejante, no á un último adiós, sino al último pensamiento de un alma que se evapora de este mundo hácia otro mundo mejor, se infiltró en mis sentidos, inalizable, pero elocuente, —y sentí que toda mi sangre acudía á la cabeza, y que mis cabellos se encrespaban sobre mi frente abrasada.

Me levanté despavorido, con los ojos clavados en el resplandor de la luz que salía de la ventana... luégo vi cruzarse más luces en todas las direcciones del palacio, y oí á la vez ruidos confusos, pero alarmantes que, tomando cuerpo, concluyeren por determinarse en lamentos y lloros.

¿Se habría cumplido cuanto pronosticara el médico de Lires? ¿Habría muerto la baronesa instantáneamente, á consecuencia de una sensación penosa?

Cruzó esta idea por mi mente con la rapidez del rayo, y con la rapidez del rayo me dirigí al portón del palacio de Frige, loco, enteramente loco; pero al saltar un vallado en mi carrera, di de bruces lastimándome en la cabeza y perdiendo el conocimiento á consecuencia del golpe.

Cuando volví en mí, doblaban á muerto las campanas de Santa Leocadia de Frige, resonando en mi corazón con infinita amargura; y los perros de la baronía ahullaban de un modo lúgubre, rasgando en espirales dolorosísimas las ondas serenas de la atmósfera.

XVII.

Filosofía del dolor

Al tratar de incorporarme, noté que había derramado mucha sangre por la herida que me hiciera en la cabeza, y que la derramaba aún. Saqué un pañuelo y lo até á la frente para restañarla.

Cuando penetré en la casa de Loulo, ya se sabía el fallecimiento repentino de la baronesa, á consecuencia de un vómito de sangre sobre las mismas teclas del piano. En nuestras montañas, la muerte de cualquier persona se sabe instantáneamente en cada parroquia, á pesar de la distancia que hay de casa á casa, pero la de los grandes señores es más eléctrica, y causa una verdadera explosión de llantos como si todos estuvieran obligados á llorar estrepitosamente la muerte de los poderosos, —reminiscencia de la colonización griega en el país.

No quise detenerme más en Frige al oír doblar á muerte sus campanas, como si todo, árboles, aves, flores, ríos y montañas me acusaran de la catástrofe, —y salí en seguida para Amarante.

Al atravesar las puertas de mi palacio, me hice la siguiente reflexión: «Cuando salí de aquí, me creía el hombre más desdichado de la tierra por la muerte de Florentina. Y hoy que regreso, ántes de un año, me vuelvo á considerar más desdichado aún, no por la muerte de Florentina, sino por la reciente de Piedad. ¿Qué es esto? ¿Qué venimos á ser en este mundo? ¿Qué deducción puedo sacar de los dramas terribles, pero íntimos, de nuestra vida, sin que todo venga á parar en que *el Tiempo obra sobre los dolores del alma como el opio sobre los del cuerpo*? Yo que me creo inconsolable por la muerte de la baronesa, como un día me consideré inconsolable por la muerte de Florentina ¿llegaré á acordarme tan friamente de la una como de la otra, si una tercera muger se atraviesa nuevamente en el camino de mi vida?

¡A qué abismo de reflexiones me arrastro esta filosofía!

XIII.

Rosas y sensitivas.

Permanecí en Amarante muy pocos días, pues me

hacia daño oír las campanas de la parroquia, porque allí, en la montaña, resonando en la cuenca de los valles como en Frige, creía que doblaban siempre á muerte. Me hacían tanto daño que no parecía sino que repercutían dentro de mi pecho, y á la vez la letra tristísima de la cántiga de la labradora de Cebrans, ó de este cantar no ménos tristísimo del país:

Campanas de Bastabales,
cando vos o yo tocar
mórrome de soledades!

¡Ay, si me moriría yo de soledades en el estado en que me halaba!

Dispuse precipitadamente el viaje, y me dirigí á Alemania. Cuanto mas léjos me viera de Galicia, más consideraba que se amortiguaban los recuerdos punzantes de la baronesa de Frige, — pero de Alemania tuve que huir, porque no había contado con que en todas partes oiría la melodía de Weber, *el último pensamiento*, como lo oía en efecto en los pianos de las fondas y hasta en los organillos de las calles. Toda reminiscencia sonora del drama de Frige, me hacía estremecer de terror... No hace muchas noches que tuve que retirarme precipitadamente del teatro de la Opera, al oír el *Addio, addio speranza in anima* del Rigoletto, que me recordó cruelmente el cantar de la labradora de Cebrans.

Escribo, pues, en París estas páginas de mi vida; — y aunque han trascurrido dos años desde la terrible catástrofe de Frige, la recuerdo tanto y tanto, á pesar mio, que aún no vi muger alguna que pueda borrar con sus encantos la imagen de Piedad, siempre fija, clavada en mi memoria.

¡Pobre niña! Yo la había juzgado una muger de mundo, caprichosa, amable, fácil, *general*, — y confundí las sensitivas con las rosas. Las rosas derraman torrentes de perfum s hasta sobre la mano que las corta de su tallo: las sensitivas, por el contrario, como se contraen cuando las tocan, necesitan de un amor muy puro y exclusivamente *propiedad* de ellas, para conceder algo de su esencia de cielo!

Piedad pudo abandonarse á la flexibilidad voluptuosa de su sexo y tener debilidades de amor con migo, creyéndome suyo, enteramente suyo; pero desde el momento que ven lo contrario esos grandes caracteres femeniles, estallan electricamente como el rayo en las alturas, y se desvanecen en vapor de lágrimas.

La baronesa de Frige no era una vulgaridad, no era una de esas mugeres *rosas* que conceden su aroma á cuanto se les acercan. La baronesa de Frige era una de esas mugeres *sensitivas*, muy raras en verdad, que no conciben que se puede amar á más de un hombre en la tierra, — y que si caen, caen como los angeles, para morir ó vivir en los brazos de un sólo sér amado!

XIX.

La tradición.

No debo terminar estas páginas del drama de la Baronesa de Frige, sin una manifestacion interesante para el lector sensato, referente á la tradición que de este suceso ha quedado en el país.

Hallándome en Alemania, recibí una carta del médico de Amarante, que ilustra este punto de una manera interesante; en ella me decía:

«La estancia de V. en Frige, bajo el nombre German y en la modesta posicion de administrador de la baronía, — fué un acontecimiento *diabólico* para aquellos habitantes. Al ménos así lo explica el

clero. Apenas V. desapareció y murió la baronesa, el clericalismo corrió la voz de que V. era un demonio nacido en las Furnas del Mellon de Lires y que habitaba aún en ellas: como prueba, aducen que V. nunca iba á misa y era abiertamente hostil á las prácticas católicas. Que como tal demonio de las Furnas, había V. fascinado á la baronesa para ir á ellas, que la llevó en efecto, que ella resistió quedar en vida en aquellos infiernos, pero que V. le hiciera *mal de ojo* y por eso le ocasionó la muerte, y le arrebató el alma para aquellos abismos, *donde V. tu tiene aún pensando*. A consecuencia de estas *patrañas* esparcidas por esa *raza de vivos* como llamaba Jesus á los mercaderes del templo, no hay labrador que se atreva á discurrir por las soledades del Mellon de Lires: temen que aún se aparezca el demonio señor German, llevando en sus brazos á la baronesa. Tanto se afirma esta tradición clerical en el espíritu de aquellos comarcanos del Oeste, que si fuera posible que V., señor conde, volviera á aquellos sitios, y tratara de hacerles ver que V. no es tal diablo sino un pobre pecador como los demás, no conseguiría convencerlos de esto. V. para ellos, no fué sino el mismísimo Lucifer en cuerpo y alma, que salió de las Furnas, llevó á ellas á la baronesa, *le chupó la sangre* de cuyas resultas murió, — y despues arrebató su alma en triunfo para aquellas cavernas. Hélo aqui todo. Cuando el clero debía difundir la luz y desarraigar del ánimo de nuestros pobres montañeses esas *milagrerías*, por el contrario, goza más y más en fomentárlas. No parece sino que para los clérigos, cuanto más suman á las gentes en la ignorancia y en la estupidez, más seguro es su dominio sobre las conciencias. Reinan sobre las tinieblas. Por eso, como los murciélagos, detestan la luz; y allí donde quiera que aparezca, tratan de sofocarla con sus malas artes. Por la venganza que han tomado de V., creyéndole muerto, juzgue V. el odio que le profesarian en vida.»

«Y aqui para *inter nos*, señor conde; la aparicion de V. en las soledades de Frige, fué la de un verdadero demonio, pero de un demonio inconsciente del mal que hacía. Si V. no hubiera ido á Frige, viviria aún la señora baronesa, y sería feliz porque el cielo parecia haberla creado para la felicidad. Pero... si esta filosofia fuera verdadera ¿á dónde nos conduciría? Entónces mejor sería no haber nacido, porque siempre somos *causa* y *efecto* de todo mal como de todo bien, ya consciente ya inconscientemente.»

XX.

El dolor de la filosofia.

Sin embargo de que, en este último párrafo, cubria con flores el buen doctor el aspid de una idea fatalista, el aspid me mordió en el corazon. No sé que tiene la voz de la verdad, que por más que se veleó engalane como quiera, al acusar penetra como la hoja de un puñal en las entrañas. Ah! ¡porqué concebí la extraña idea de desafiar al destino, cambiando mi posicion elevada por una posicion humilde! ¿Me podrá disculpar en algo la bondad del pensamiento que me guió al intentar *ser amado ó aborrecido por mi mismo*, sin que para nada entrara mi gerarquía y esplendor social?

Hé aquí el tema que, hoy por hoy, batalla en mi mente,—y que de pasar á mi corazón traduciendo en sensaciones violentas, concluirá fisiológicamente con mi organismo. Ah! desdichado de mí si la serpiente de esa idea se enroscó en mi pecho! Sólo tú me podías salvar ¡oh, Tiempo! tú, que obras en los dolores del alma cómo el ópio en los dolores del cuerpo! ¿Vendrás en mi auxilio, sér de todo sér? La vorágine de mi duda, me hace entrever la vorágine á mis plantas; la vortiginosidad de esa misma idea atormentadora, me señala también el vórtice donde voy á sumirme... y el problema se extiende pavoroso ante las percepciones de mi espíritu atribulado,—trémulo entre las ondas de la fatalidad como luz tenue entre las ondas agitadas del huracán. ¿Sucumbiré al fin? Tendré ya la muerte en el alma? ¡Oh, Tiempo, sálvame! Deja caer tu velo brumoso sobre la ensangrentada imagen de Piedad, como lo dejaste caer un día sobre la dulce imagen de Florentina!

BENITO VICETTO.

Ferrol, 10 de diciembre de 1874.

ANTES Y DESPUES.

I.

Cuando era yo niño y mis dichas cifraba sólo en los juegos; cuando el aire de mi patria jugaba con mis cabellos; cuando buscaba venturas en los maternales besos y mi fe y mis esperanzas se dormían en el pecho, ¡un año más! exclamaba, al llegar el año nuevo.

II.

Los golpes de la fortuna son hoy mis únicos juegos, á sósas con mis desdichas, vivo de la patria léjos: las caricias de mi madre ya no son más que un recuerdo y mi fé y mis esperanzas fugaces desaparecieron... Por eso en mis desventuras sólo exclamo: ¡Un año menos!

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

Habana—1873.

GALICIA PINTORESCA.

PUENTEDEUME.

I.

Esta villa, una de las más pintorescas de Galicia, se halla situada en la confluencia del Eume

y el océano, y á la falda del monte Breame;—monte cónico y elevado orillas de la ria de Sada, y centro del triangulo topográfico que tiene por vértices las tres ciudades de Ferrol, Coruña y Betanzos;—monte que parece el Pico Sagro de nuestras marinas, y en cuya cima aun se ven las ruinas de un convento de templarios, hoy ermita de San Miguel;—monte cultivado con esmero, pues desde la margen del rio hasta sus crestas, véanse árboles frutales, solos de castaños, mieses, viñas, cubriendo todo esto sus flancos como un manto de exuberante cuanto variado verdor.

Se ignora el año de la fundacion de Puente deume, pero se cree que ya existia en la época de los romanos con el nombre de *Pontumio*, y que en la de la reconquista del territorio al árabe—siglo IX—se dió en sus inmediaciones una gran batalla en la cual vencieron los cristianos.

En 1270 era un lugar pequeño que llevaba el nombre de Rivadeume (*Ripadeume*);—y el rey Alonso el Sabio, en virtud de representacion que hicieron los vecinos de treinta parroquias colindantes, quejándose de las tropelías con que las vejaban los caballeros, escuderos y otros *omes malfechores*, otorgó que estas parroquias poblasen dicho lugar de Rivadeume y lo hiciesen villa, donde guardasen su pan y su vino; concediéndoles, además, un mercado mensual y el fuero de Benavente.

En 1371, D. Enrique de Trastámara hizo merced de esta villa de Ribadeume á Fernan Perez de Andrade con todas las rentas y derechos que tenia en ella, así como de las villas de Ferrol y Villalba;—y los poseedores de la casa de Andrade, incorporada despues con la de Berwik y Alva, conservaron el señorío hasta la abolicion de estos derechos jurisdiccionales.

II.

En 1382, Fernan Perez de Andrade ó *Bó*, señor feudal de Ferrol, Villalba y Puente deume, construyó un extenso puente que, partiendo de esta última villa, términase en la costa fronterá y delicioso pueblo de Cabañas,—y desde entónces perdió su nombre de Rivadeume y tomó el de Puente deume.

Este puente era de tal extension que se hizo famoso por ella, pues no tenia competidor en toda España, y cruza en las altas mareas un considerable brazo de mar que se introduce en el rio Eume. Todo él es de sillería; da principio en la puerta de la villa, y tiene sobre 1.015 varas castellanas de longitud.

Puede considerarse este puente en dos trozos: el primero, de 2.340 piés, se compone de 50 arcos con sus tajamares en las cepas por uno y otro lado, y asientos en alguno de sus huecos: hoy están reducidos á 49 por haberse cegado uno de resultas de la avería que le ocasionó una avenida. El segundo trozo, que es de 705 piés, carece de tajamares y sólo cuenta 8 arcos pequeños, pues se han ido cegando al paso que iban amenazando ruina.

La altura de este famoso puente es de 8 varas junto á la villa; pero se va desminuyendo segun se eleva el terreno,—de modo que el último arco de tajamar sólo cuenta de elevacion 14 piés y 9 en el

extremo, donde tiene un crucero. Su ancho ó latitud es de 12 piés incluidos dos de los antepechos, y además sobresalen 6 1/2 en cada tajamar.

Se fundó este puente, en una calzada de manpostería ó piedra perdida, con el espesor de 14 piés sobre un ancho de más de 50: su dirección es línea recta hácia el NO. por espacio de unas 700 varas, y desde allí, con un ligero recodo, toma la dirección E. salvando un terreno bajo y pantanoso.

Entre los arcos 20 y 21 de este puente, hay una capilla dedicada al Espíritu Santo, y junto á ella existió un hospital con cuatro camas para los peregrinos que transitaban á Compostela.

Este gran puente se principió en 1582 y se concluyó en 1588,—su fundador Fernán Pérez de Andrade ó Bó, hizo colocar entre el segundo y tercer arco, en el hueco de sus tajamares, un oso á un lado y un jabalí al otro, ambos de granito, con ciertas inscripciones,—y estos emblemas del escudo de armas de la casa de Andrade, fueron trasladados hace años al palacio señorial que, deteriorado, poseen en la villa. El mismo señor feudal, tan pronto como se terminó la obra, la donó al convento de terceros de Montefaro, que *tamen fizo*, obedeciendo al espíritu piadoso de la época.

En 1810, á causa del deterioro en que se hallaba este puente por no habersele hecho jamás reparación alguna, se embaldosó parte de su pavimento de orden del capitán general D. Javier Abadía,—y este pobre señor mandó que se le pusiera la inscripción de *Puente de D. Jorge Juan*, quitando una lápida que había en él, donde se manifestaba la época en que se construyó y por quién,—con lo que el puente obtuvo un favor y un desfavor.

III

He aquí cuanto podemos decir del magnífico y antiguo puente sobre el Eume, que dá nombre á esta villa.—según los datos que tenemos á la vista.

En cuanto á la localidad, podemos añadir que, en 11 de agosto de 1607, sufrió un horroroso incendio que *consumió más de trescientas casas*, y con ellas la iglesia mayor, y las casas consistoriales.

Puentedeume, córte un día de los opulentos condes de Andrade, señores feudales del Ferrol y Villalba, y centro intelectual, militar é industrial de toda esta región noroeste de Galicia,—tiene la gloria de contar entre sus hijos á *Fernán Pérez de Andrade ó Bó*, que construyó muchos conventos, puentes, calzadas y otras obras de utilidad pública en los siglos medios;—del inteligente cuanto desgraciado demócrata *Ruy Sordo* que, capitaneando más de 10,000 vasallos del señorío de Andrade, se posesionó de todo el señorío y puso cerco á Compostela para dominar democráticamente á toda Galicia;—de *Pedro Padron*, el célebre procurador que tan enérgica cuanto brillante *protesta* extendió á las puertas del palacio del rey en Zamora, á nombre de los villanos del Ferrol;—de *Alonso Pita da Veiga*, que hizo prisionero á Francisco 1.º de Francia en la batalla de Pavia;—de *Vasco de Aponte*, autor de un interesante Nobiliario en que se detallan las guerras galaicas contra el feudalismo;—de *Bartolomé Rajoy y Losada*, arzobispo de Compostela;—y de *Fernán Pérez*, conde de Villalba, de An-

drade y de Caserta, que mandaba la infantería española en el ejército de Italia, durante el reinado de Fernando V, y glorioso vencedor de la batalla de Seminara.

IV.

No terminaremos estas líneas sobre la poética cuanto atractiva villa de Puentedeume, *donde residía el señor feudal del Ferrol*, sin mencionar el castillo de Andrade, cuyas ruinas solariegas situadas en las ondulantes cumbres de Nogueirosa, coronan completamente el cuadro,—y traen á la memoria aquellos acontecimientos históricos tan terribles como sangrientos, referentes á la revolución popular del siglo XV en Galicia, *contra los nobles*;—drama revolucionario que empezó en el Ferrol y terminó con el suplicio de Pardo de Cela en Mondoñedo;—drama revolucionario en fin, que algún día tendremos que bosquejar si llegamos á escribir la *Historia de Galicia* como tenemos propósito, y cuya idea nos preocupa tanto como nuestro amor a este suelo en que hemos respirado las primeras auras de la vida.

B. VICETTO.

Puentedeume, 21 de mayo de 1854.

¡AMOR!

Cándida flor, cuyo perfume hermoso
alhaga sin cesar mi fantasía;
lirio gentil de un valle doloroso
aunque lleno de luz y de armonía;
lucero bienhechor que fulgoroso
miro brillar con dulce poesía
irradiando á mi alma con empeño
rayos divinos de un divino sueño:

Escucha mi laúd; su débil canto
amor respira que tu amor adora:
todo es amor en mi delirio tanto,
todo es amor en mi existencia ahora.
Suspiro por amor; por amor llanto
vierten mis ojos; por amor que llora:
existo por amor, por amor muero,
y por amor deliro placentero.

Si á tu lado palpita el pecho mío,
mirando tu sonrisa seductora,
comprendo la ilusión del desvario
con toda su belleza vencedora.
Es mágico tu aliento..., casto, frío
lêjos del pensamiento que te adora;
á mi lado, templado y dulce ambiente
que acaricia suavísimo mi frente.

¡Qué alegría tan bella verte en calma
sonreír á mi plácida ternura
alcázares de luz abriendo al alma
magníficos en gala y hermosura!
¡Qué divino placer gozar la calma
de tu rica, ansiedad entre ventura!
¡qué divino recuerdo de los cielos
en tus ojos leer miles de anhelos!

No quisiera más gloria que mirarte
siempre á mi lado lánguida, amorosa,
contemplándote absorto; y arrobarte

con palabras de música armoniosa.
Léjos de tí mi corazón se parte
en fatal pesadumbre y angustiosa;
léjos de tí parece que la vida
responde mal á mi ilusión querida.

¡Cuánto amor en mi pecho hay encendido!
¡cuánto afán de adorgarte eternamente!
¡qué grandeza del alma te convidó!
¡qué venero á tu sed le rindo, ardiente!
No te puedo decir cómo na nacido
esta pasión volcánica, vehemente;
sólo sé que te adoro, que te adoro,
y que tan sólo tú me arrancas lloro.

Amame por piedad: tengo deseo
de contemplarte siempre cariñosa
siempre formado mi feliz recreo,
de saber que me quieres venturosa,—
que nada turbará tu devaneo,
que siempre serás mía, blanca rosa;
que la menor mirada de tus ojos
les pertenece, esclava, á mis antojos.

Olvidarme cruel fuera un martirio
que matara por siempre mi esperanza;
desdijera de tí, cándido lirio,
recojer tu perfume en la mudanza.
No le plegue al señor que mi delirio
se disipe cual sombra en lontananza;
que vivir sin tu amor tan triste fuera
como vivir sin rayos en la esfera.

Para tí y para mí se hizo el encanto
de las flotantes nubes y los soles;
para tí y para mí, del ave el encanto
y de la luz los ricos tornasoles.
Para tí y para mí se hizo aquel manto
tan bordado de estrellas y arboles
blancos como la frente de las diosas,
blancos como las blancas mariposas...

Gozemos ese amor:—Dios, que nos mira,
bendice nuestro amor y nuestro anhelo:
¡quién sabe si tal vez la ardiente pira
será algún día un escalon al cielo!
No pensemos jamás que esto es mentira;
no pensemos que muere tal consuelo:
si es mentira el amor y sus antojos,
¡amemos el amor hasta de hinojos!

EDUARDO DE PATO.

Ferrol — diciembre, de 1874.

MONOGRAFIAZ GALAICAS.

LA GAITA GALLEGA.

¡La música!

¡Sublime arte, espiritual concepción, digna émul
la de la poesía!

Tu arrebatas ó entusiasmas, haces reír ó llorar!
Llor, elemento moralizador del hombre!

Una nota de Haydn, un sonido de Mendelhtonn,
un eco de Mercadante, ¡qué multitud de conoci-
mientos no promueven en nuestro ánimo!

Mas no es, no, únicamente la música de los tea-
tros reales, la de las dulces historias y de los tier-
nos afectos.

Otra hay más sentimental y sobre todo más
querida.

La música popular, ese himno de las clases mé-
nos acomodadas, esa leyenda de los pueblos que
hasta se dijo podría servir de norma al legislador.

Ella puede en las castañuelas inspirar á un Fe-
val.

Ella puede en la guitarra, hacer derramar el
llanto de los recuerdos á un Alarcon.

Ella puede en la *gaita gallega*, producirme la
nostalgia lejos de aquellos hombres de montera y
calzon corto que la tocan.

Gloria á la rústica gaita, á la *gaita gallega*.

¿Dónde nació, cual fué su origen?

«Preguntad á nuestros montañeses, dice el emi-
nente Vicetto, quien inventó la gaita, y os con-
testarán que nació con ellos ó con sus rocas.»

«La gaita es el aura de nuestras montañas, la
armonía de nuestros valles, el eco vivo de los are-
nales de nuestras costas.»

«Es la tradición armoniosamente céltica de
Galicia.»

Si, aquel pueblo que invocaba á su Dios en los
lubres, que vestía pieles y calzaba *zocos*, el pue-
blo de los *cabaceiros*, los Celtgalls, son los auto-
res de la gaita.

La *gaita gallega*, esa expresión armónica de
nuestro pueblo, tuvo su origen en aquella naciona-
lidad.

La imaginación fría de nuestros gallegos, no
creó un Mercurio, ó un Apolo para inventar su gaita.

La gaita pertenece á los Celtas, como á los
Tritones la trompa, como á los Hebreos la pande-
reta y la cítara.

Repetimos las palabras del ilustre publicista.
La gaita es la expresión armónica de Galicia bajo
su manto de brétama.

Más tarde los griegos tañían por nuestras fron-
dosas cañadas la deliciosa invención de Armonía.

Empero la gaita prosiguió siendo la síntesis de
la música de nuestro pueblo.

La flauta fué tocada por los antiguos pastores
de las deliciosas vegas y tañida es hoy por los mo-
dernos pastores de los mismos campos.

La gaita resonaba alegre entre los antiguos *ghas*
y bulliciosa suena en las modernas aldeas.

La gaita es inmortal

Es para los campesinos gallegos lo que para las
flores el rocío, para las aves el espacio.

Privad á este pueblo de la gaita, arrancadle esa
ruda, pero sentimental manifestación de sus afectos,
y caerá de rodillas asido á los flecos del roncon, se-
gun la galana frase del historiador, por que la gai-
ta es á su organización moral más que á su orga-
nización musical: es el lenitivo de sus dolores, la
esperanza de otro mundo mejor. por más que pa-
rezca paradógica esta ideología á los espíritus fuer-
tes.»

Preguntaos á vosotros mismos, si sois gallegos,
preguntaos si en efecto veis en la gaita la armonía
más indefinible, la expresión más sentimental.

Yo os sé decir de mí, que cuando fatigado de
ese bullicio de las ciudades, emprendía mis excu-
siones veraniegas hacia el pequeño pueblecillo do
rodara la cuna de mis padres, y escuchaba entre
el misterio del crepúsculo esa nota grave y soste-
nida que nuestros campesinos llaman el *ronco* y que

como dice muy bien el ilustrado Sr. Vesteiro, es toda una lección de Conservatorio; oía las variaciones de la *muñeira*, y escuchaba ese canto ya alegre ó melancólico de nuestros paisanos del campo; allí entre la floresta, contemplando en lontananza el Océano, rojizo con los últimos rayos del sol que se despedía al ir alumbrar á otras regiones, allí contemplando los movimientos del gaitero entre la espesura cual el dios Pan tañendo su zampoña entre las mieses; allí sobrecogido alegremente el ánimo, no pude menos de exclamar.

¡Gloria á ti música de nuestros abuelos; loor á la gaita, loor á la *Gaita Gallega!*

CAMILO PLACER BOUZA.

Orense, 1874.

SECCION SATÍRICA.

Portuguesada.—El ayuntamiento de Lañoso (Portugal) que se hallaba suscrito á nuestra Revista, *sin que nadie le hubiera pedido tal cosa*, cesó en la suscripción á consecuencia de un petitorio, para ello, del concejal el tío ó *tiofe* Soplafuelles. Para formular este petitorio, se fundó e *finchado* Soplafuelles en que nuestra Revista era *inmoral!!!*

Inmoral! Hombre, hombre pare V. la jaca, y no atropelle de ese modo al próximo, *calumniándole*. Nosotros no atacamos en nada á las buenas costumbres fundadas en la razón, ni menos usamos frases asquerosas ó inmorales. ¿Qué diría entónces el tío Soplafuelles si leyera cualquier otro periódico, por ejemplo, nuestro querido colega *Diario del Ferrol*, que tanto anda en manos de señoritas como de *griselas*, y dice con mucha *guasa*:

«Gonorreas.—Las cápsulas peruvianas.—del Doctor Borrell.—son el remedio mas pronto, seguro y agradable para curar radicalmente las *purgaciones* y los flujos blancos por más rebeldes á inveterados que sean.»

¡Esto sí que hace subir los colores á la cara!!! Porque ¿no bastaba gonorreas? A qué, pues, eso de purgaciones y flujo blanco!!—Pero vemos siempre una paja en el ojo ajeno y no una viga en el nuestro.—A propósito: según nos informa nuestro corresponsal, el tío Soplafuelles ha sido encausado en la Habana por *inmoral*, llegando el caso de venir requisitorias en demanda de su persona y de sus bienes, pero como estos no los tiene á su nombre, *chasquea* á la justicia! Cuanta farsa! Cuando se desengañará la sociedad de tanto titiritero, ó farsante, ó bandido como quiere *mangonear* en ella, bechándola de hombre moral y grave!!!

¡Oh casas consistoriales!
borrando sanos principios
atravesan tus umbrales,
personas bien *inmorales*
¡borrón de los municipios!

El golpe de violon con que el tío Soplafuelles

salvó la patria, nos honra mucho. Cuantos menos bultos mas claridad! ¡Pobre tío Soplafuelles! Habló el buey y dijo... *mu!*

Finchado bobalicon,
á tus golpes de violon
por Cristo que no hay que hacerles!
¡eres todo un fantasmón!
¡eres todo un Soplafuelles!

Arrogante moro estás,
toda la arrogancia es tuya,
pero si á la Habana vas
en la cárcel cantarás
por *inmoral* la Aleluya.

Y si tu lengua se empeña
en murmurar de nosotros,
sabe bien que nuestra enseña
es: si *cocéan los potros*
repartirles mucha leña.

Basta ya de ocupaciones de un tío tan *inmoral* y despreciable como Soplafuelles, y pasemos á otra cosa.

La Hoja volante.—Con este título acaba de repartirse una especie de refutación á las doctrinas filosóficas que hemos emitido en nuestra *Historia de Galicia* y en la *Revista*, referentes á la naturaleza de Dios, Tiempo y Espacio. Por fin nuestro amigo el padre José Ramon, descendió del púlpito y entra en el palenque de la prensa, armado de todas armas para combatirnos en buena lid. Sea enhorabuena. Nosotros se lo agradecemos, y por lo mismo cantamos con el poeta:

«Ya descendan los dioses del Olimpo
para hablar con los miseros mortales.»

Contestemos, pues, al amigo padre José con cortesía, ya que la emplea y mucho en su *Hoja*; que como dice el adagio, *nobleza obliga*.

No, padre José; nosotros no queremos, ni lo hemos pretendido nunca, mezclar la política con nuestras elucubraciones filosóficas. El clero fué el que, *monopolizando la política*, consiguió órdenes para que nuestra *Historia de Galicia* fuera prohibida al empezar la publicación: testigo todo Ferrol y todo el país. Y respecto á pretender representar al partido liberal haciéndolo solidario con nuestra teoría sobre la Divinidad, la naturaleza de Jesucristo y la existencia del infierno,—tampoco lo hemos pretendido jamás, porque cuanto tienda á *imponerse* es monstruoso. Nuestras teorías, son puramente nuestras, y sólo nos pertenecen á nosotros mismos.

Al referirnos á nuestra soledad *aparente* con relación al partido liberal del Ferrol, fué en la acepción de que si el clero pretendía *atropellarnos* y calumniarnos como lo hizo en el púlpito,—no seguiría tolerando semejante cosa la gente sensata y sobre todo los *verdaderos liberales*, no los liberales de pega, de lengua, ó psendos liberales. En este sentido, pues, no hemos llamado á nadie en nuestro auxilio, sino que se nos ofrecieron muchísimas personas.

Cuestionamos, pues, sin emplear armas de mala ley: no hacemos como los que para combatirnos

se valen de la inviolabilidad del púlpito y propalan *sotto voce* que nosotros somos *immorales, panteistas* y demás lindezas de efecto entre las gentes oscuras. La teoría de la naturaleza de Dios, Tiempo y Espacio, es nuestra exclusivamente, — aunque la engalanemos con frases de otros autores. Combátase pero en buena lid. Pruébenos que puede existir un sér, sea el que quiera, *sin Tiempo y sin Espacio*.

Respecto á usar términos que no estén autorizados por la Academia, sepa el padre José que la Academia no supone nada en esto, porque en ciencias se usan términos que traen las obras filosóficas y diccionarios modernos, y que la Academia no *autorizó* aún por morosidad, quedando para el caso atrás del movimiento filológico de la época. Por otra parte, más *autoriza* el uso que todas las Academias habidas y por haber, — y como dice el director de la Biblioteca nacional: el mejor castellano es el que mejor se entiende.

En cuanto á la calificación de *plagiarios* que nos dirige el padre José, no podemos admitirla, — confesando, sin embargo, que es cierto, sumamente cierto, altamente certísimo que hemos *utilizado y alterado* frases y conceptos, no sólo de Tiberghien, sino de infinitos autores desde Newton hasta Flammarión. — Y esto que *horrificará* al padre José, tiene una explicación sencillísima. Fijese en lo que vamos a decirle: Si nosotros *copiáramos* un párrafo de Tiberghien ú otro autor, *íntegro*, pareceríamos en efecto unos *plagiarios* *sinó* los citáramos; pero como *alteramos* sus ideas para *utilizarlas* en pro de las nuestras, el *resultado* es puramente nuestro, no de ningún otro autor, por más que aquellas entren en mucho en la composición ó emisión. — Nos explicaremos aún más: si *alteramos* el texto de un autor, ¿cómo podemos de buena fé citarlo? Imposible! El tal autor nos anatematizaría reprobándonos con sobrada razón, que él no había dicho lo que nosotros le atribuimos. Si á Tiberghien, *perdiéndose* en la teoría de los infinitos hácia un infinito *vago* ó ideal, lo hemos *acomodado* en pro del infinito de todo infinito, Tiempo y Espacio, habremos *plagiado*, por decirlo así, la estructura ideológica de su filosofía, pero jamás su esencia ó su fondo filosófico. No es que nos hayamos querido adornar con plamas ajenas como el grajo de la fábula, — pues si eso hubiéramos intentado, tergiversaríamos el texto de tal modo que, no sólo no lo conocería el padre José, sino el mismo Tiberghien, pues ¿hay cosa más fácil por ventura que decir un mismo concepto con distintas palabras? Por poco versado que esté en sinónimos, lo hace eso un cualquiera. Lo que hicimos con Tiberghien y hacemos con muchos, muchos, *fué utilizar* pensamientos suyos *que á su vez fueron de otros*, en ventaja de nuestra afirmación del infinito absoluto, *superior al suyo* en nuestro concepto. — Y esto, que según el criterio de nuestro amigo el padre José, pudiera rebajarnos filosófica y hasta literariamente, nos envanece en extremo porque nos eleva en nuestra propia conciencia. Una prueba de nuestra sinceridad es que tres meses ántes de utilizar conceptos de Tiberghien, *completándolos*, se lo hemos manifestado al mismo padre José Ramon, hallándonos una mañana en la sastrería del Sr. Hermida. Recuérdele el buen padre, y si nó

se acuerda, lo mismo nos dá. Pero no sólo le hablamos en ese sentido, de Tiberghien, sino de otro autores más. El arzobispo de Compostela, cuando cuestionó con nosotros ¿no empleó la definición del Tiempo del P. Lamy, sin citarlo para nada? Y es *plagiario* por eso? — En filosofía, en historia y en literatura, en general, no hay una idea propia ó son muy raras. Así como hay términos para las frases, y frases para las ideas, é ideas para expresarlo todo, la cuestión para el filósofo, el historiador y el literato, se reduce á la mejor *utilidad* de esos términos, de esas frases, de esas ideas. El que diga que usa términos, frases é ideas *propias de él*, MIENTE. — Para dar una idea de esto mismo, con traigámonos á un hecho reciente: la *guasa* que hemos escrito en nuestro último número, titulada *Padre y Tío*, es nuestra? De ningún modo; porque ¿hemos creado las palabras? no. ¿Hemos creado las frases y las ideas? tampoco; porque no pueden darse frases é ideas más *vulgarísimas*, por ejemplo: «como nadie allí podía rebatir la algarabía de Pedro, Pedro ó Juan se relamía de gusto.» Y quién dice esa quintilla, dice las demás que hicimos para terminar la *chanzoneta* con timbales; esto es, *combinamos* palabras, frases é ideas cuya *combinación* constituye el carácter ó estilo del escritor, ni más ni ménos. En resumen, nosotros no hemos *citado* á Tiberghien como no citamos á otros autores cuyos párrafos *alteramos* en pro de una afirmación cualquiera. — Si no los *alterásemos* sí, lo citaríamos, á él ó al autor que fuese.

Concluimos, — dando las gracias al padre José por las octavas *reales* que nos dedica. Diablot! Y ignorábamos que el padre José supiera versificar tan bien. Además de la rotundidad y armonía de la versificación, hay en esas octavas mucho aticismo y sobre todo más intención que un toro de Gavia. ¡Cuidado con aquello de *Jenofonte inmortal, Livio moderno*, pues tumba á uno de espaldas por lo cursi! Y aquella conclusión épica: *Triunfarás de esta gente, gran Benito; tu nombre vivirá; tú lo has escrito...* en la primera ocasión que se nos presente vamos á *plagiar* esa conclusión. — Plagiar no, porque *completáramos* los versos *cojos* que hay en esas octavas como: «¿Y quién podrá encarecer tu estilo? No falta á Mariana valentía. Variando de tonos y de claves et, et.» — Y entónces, si nos decidimos á emprender esas *correcciones* y *alterar* el sentido de muchas frases para hacer una poesía de *encargo* á un célebre *predicador* de San Francisco, ¿diganos el buen padre lo que resultaría? ¿*plagiáramos* esas divinas octavas ó serían nuestras? — Hé ahí la cuestión del *plagio* de Tiberghien. Enderezar los *cojos*, no es plagiar; es completarlos.

Posdata. — Se nos olvidaba decir al Padre José Ramon, que no nos extraña su *razzia* contra nuestra *Historia de Galicia* puesto que, escrita en sentido liberal, poniendo de manifiesto los males que acarreo la *clericalla* al país, como los *cuervos* habían de alabarla? Imposible! y más imposible todavía si se tiene en cuenta aquella consigna que partió, en 1864, de las altas regiones compostelanas: «Desprestigiad cuanto haya escrito el señor Vicetto, escriba y pueda escribir, (palabras textuales.)»

Gramática cursi.—Dice el padre José Ramon en sus famosas octavas, no reales, sino republicanas.— que en nosotros no campea el rigor gramatical. No campeará, pero lo que es en él, para muestra basta un botón. Prueba al canto: dice él en la primera plana de su hoja, columna segunda, renglon 33; «no tiene necesidad de llamar otros en su auxilio», en vez de decir «no tiene necesidad de llamar á otros en su auxilio.»—Y más abajo, renglon 34: «Cree que plagian-do á otros autores va el pasar por inventar?»

¿A qué gramática obedece esto, Padre José? ¿Á la parda, no es verdad?—De seguro que nos vendrá V. diciendo que esas son erratas: no está mala errata, cuando desde el amanecer del domingo estuvo corrigiendo pruebas en la imprenta.—Estos neos acusan al próximo á las mil maravillas. Sólo ellos son los impecables, los ineatinables, los ilegislables. Siempre la ley del embudo: ancha para ellos, estrecha para los demás.—¿Qué cursilones! ¿Qué lástima de azadon!...

Por Dios, no escriba tan bien como escribe el padre José, pues se expone á que nos enamoremos de sus escritos, y... lo plagiemos como á Tiberghien!—¿No es verdad que hemos plagiado á Mr. Tiberghien, haciéndole decir precisamente lo contrario de lo que él escribió? ¡Vaya si lo hemos plagiado! Mr. Tiberghien escribió en pro de un ideal y nosotros acomodamos sus conceptos en favor de una realidad. ¿Es esto plagio? ¡Vaya si lo es! no es verdad padre José?—Pero ¿á que proseguir hablando de esto con gente mal intencionada? Como dice la Escritura, es tanto como arrojar margaritas á...

Cuestion religiosa.—La cuestion religiosa á que se refiere el buen padre en su Hoja, debemos considerarla bajo dos aspectos: uno, ya está iniciado en nuestra Historia de Galicia y en la Revista, esto es, el de la naturaleza de Dios, no la de Jesucristo; y el otro, es el que iniciaremos en el número del día 13, y en el editorial que publicaremos titulado: *Cristianos, pero no católicos.*

De la primera cuestion—la naturaleza de Dios,—debe desde luego ocuparse el padre José, probándonos que puede haber sér alguno, incluso el Sér Supremo, sin Tiempo y sin Espacio: pero para la segunda cuestion, espere nuestro editorial del 13.

Nosotros, en este mundo, bailamos al son que tocan: somos cortés con el cortés y bandidos con el bandido. Si el buen padre, usa la cortesía con nosotros que usó en su Hoja, cortés nos tendrá hasta el exceso;—y si nos ilustra, esto es, si estamos en un error y nos ilumina, pronto nos hallará á confesar el *mea culpa.*

Siga, pues, la contienda intelectual. Donde pequemos y se nos evidencie el pecado, allí mismo lo confesaremos. Pero, si por el contrario, no se nos puede vencer con la razon y se apela á la calumnia, entónces francamente, al hierro hierro y al fuego fuego.

Guasa fina.—El padre ó tío José Ramon dice que no somos literatos, Tanto valiera decir que no somos hombres y si mugeres; *quelque chose.* ¿Quién va á rebatir ese arranque de rabia en la gentuza nea? Cuestionese eso el tío José Ramon con la Epoca, Fl Imparcial, y demás periódicos de Madrid y de Galicia, que dicen que si fundándose en cuanto escribimos, y cuestionese eso con las revistas francesas y portuguesas que traducen nuestras obras. Pero el padre José Ramon para decir que no somos literatos, se funda en la ra-

zon que dá el capitán Alegria en la zarzuela *El valle de Andorra:*

«La española infantería
es valiente por que sin»

Las patochadas del tío José Ramon nos tienen sin cuidado, y las de la turba nea *idem. Asinus ad lyram*, ó lo que es lo mismo, no se hizo la miel para la boca del asno.

Pulla.—Decía un papamoscas de cura, predicando la otra noche en San Francisco: «Teméis á la inquisicion! no la teméis, que es peor esta época de registro civil...» et, et, et.»

¡Esa gente hace muy estúpido al público! Cree sin duda que nos hallamos aún en el siglo IX!—¿Qué si tememos á la inquisicion!... pues, no es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! Ah, cómicos! como embaucáis aún á las gentes sencillas, haciéndolas comulgar con ruedas de molino!

Por más cambios políticos que haya, eso de la Inquisicion y el Registro civil será lo que tase, *non ó crego, si non ó xastre.*

Látigo y media cadena.—Nosotros no hacíamos tan obtuso al padre José Ramon, que ignorase que: en historia y en ciencias, no hay plagios; porque así los sucesos como los axiomas son *de todos, por todos y para todos.* Una de dos: ó el padre José Ramon es un alcorneque ó un mal intencionado, pues al calificarnos de *plagiarios* por alterar los textos de Tiberghien, trató de concitar contra nosotros la opinión de las gentes oscuras...

SEPA, PUES, EL PADRE JOSÉ RAMON—y esto se lo decimos muy alto—que si nosotros somos plagiarios, MAS lo fué entonces el difunto cardenal arzobispo de Compostela don Miguel Garcia Cuesta!

**Y tráguese ese boton
el padre José Ramon,**

Y vea si campean en él las galas gramaticales. Para gramáticas estamos!... la parda es la que entienden los neos, ó mejor dicho, la de la difamacion y la calumnia!

BENITO VICETTO.

3 de enero de 1875.

FERROL;—1874.

Imprenta de El Eco FERROLANO

de Suarez, hermanos

REAL, 80.